



MISCELÁNEA



AQUEL MUNDO BELLO Y OSCURO.  
PRESENCIA DE LA EDAD MEDIA EN *EL UNIVERSAL*

*That beautiful and dark world.*  
*Presence of the Middle Ages in El Universal*

Germán Luna Santiago\*  
*Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco*

María Guadalupe Rodríguez Sánchez\*\*  
*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

PRESENTACIÓN

A continuación transcribimos un artículo intitulado “Lo pasado y lo presente”, aparecido el 27 de abril de 1853, en uno de los periódicos “conservadores” del México de la segunda mitad del siglo XIX, *El Universal*, liderado política e intelectualmente por Lucas Alamán. Publicado originalmente en Madrid, este artículo remite a las ideas en torno a las que discutió el erudito guanajuatense. Sin que podamos asegurar ahora que a él se debe su reimpresión, el texto nos estaría hablando de la presencia de este historiador y político en el debate público aún en sus últimos años de vida. Como sea, se trata del testimonio de esa voz conservadora mexicana activa desde los tiempos de Lucas Alamán. El artículo, siguiendo el perfil crítico con el que fue fundado *El Universal*, problematiza el concepto de Edad Media que el liberalismo tenía en colores negativos y oscurantistas, defiende que, aun con sus “tiranías”, el medievo podía ofrecer algún legado favorable para la vida moderna.

Fecha de recepción:  
17 de marzo de 2019

Fecha de aceptación:  
6 de mayo de 2019

\* Licenciado en Historia por la UAM-Iztapalapa, estudiante de la Maestría en Historiografía en la UAM-Azcapotzalco, con la tesis “Colonia y Edad Media a debate en México. Tres visiones decimonónicas: Alamán, Zavala, Mora”. Dedicado al estudio de los indios y su interacción con el derecho durante la Colonia, así como al análisis de la historiografía sobre la Conquista. Ha publicado al respecto: “El motín de Papantla de 1767: un análisis histórico jurídico”, *Historia Mexicana* 265 (2017); “La conquista de la Nueva España o sobre el origen de un contrato social”, *Tiempo y Escritura* 29 (2015) y “Lo medieval en la Conquista: el problema del vasallaje indígena”, *Relaciones* 158 (2019), en prensa.

Contacto: [germanls@yahoo.com](mailto:germanls@yahoo.com)

\*\* Licenciada en Historia por la UAM-Iztapalapa, maestra en Diseño y Producción Editorial por la UAM-Xochimilco. Actualmente es coordinadora de publicaciones del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa.

Contacto: [mgrs07@gmail.com](mailto:mgrs07@gmail.com)

Para una comprensión justa del texto, cabe remitirnos a su horizonte de enunciación. En septiembre de 1821, según las fuentes, México creyó haber nacido “libre”. Dentro del sentir común, pero no generalizado de la época,<sup>1</sup> al otoño de la tiranía española le sucedía la primavera de un pueblo nuevo.<sup>2</sup> En las arengas septembrinas éste era el clima de ideas reinante. En su *Oración Patriótica* de 1825, por ejemplo, Juan Wenceslao Barquera prorrumpe diciendo que el 16 de septiembre era una fecha “sublime”, que Hidalgo y demás héroes dieron el primer golpe contra la “esclavitud colonial”, que resarcieron los derechos ultrajados por los “siglos de barbarie”, que lucharon para sacar a la patria “del fango de la servidumbre”.<sup>3</sup>

Ciertamente, España no se iba de México sin la condena más encendida. En los discursos cívicos, poco se escatimaba en los adjetivos para la Madre “ingrata”. Entre los lugares más comunes, ninguno como el de señalar a la Colonia como una Edad Media: oscura, injusta, ignorante, caótica, feudal, términos con los que el pensamiento ilustrado identificaba a aquella época histórica que antecedía, para mal, a la era progresista en la que aquellos hombres creían haber entrado.<sup>4</sup>

Durante la euforia independentista, quien hablaba del México bajo el dominio español hablaba de la “terrible pesadilla de la noche colonial”.<sup>5</sup> El mismo Wenceslao Barquera arengaba que el pueblo estuvo

a merced de la funesta “superstición” e “ignorancia”, que la Independencia fue un “sangriento choque de la servidumbre con la libertad”. En 1826, Juan Francisco de Azcárate decía que los héroes combatieron la ominosa esclavitud y el despotismo, y se congratulaba de que hubiera cesado el despotismo de un gobierno absoluto, de que ya no la fuerza sino el consenso o el “pacto social” vinculara a la nación.

En 1827, José María Tornel hablaba de 1810 como el año “sublime” porque con el Grito culminaron las “tres centurias de letargo”, el poder de los sacerdotes y de los señores feudales que habían dominado al pueblo a su antojo, la “religión” y el “feudalismo” que formaron imperios “poderosos”. En 1828, Pablo de la Llave reportaba la misma elocuencia: “¡Qué actitud tan violenta! ¡Qué años de siglos! Cuán acerba, cuán mísera y vergonzosa situación. Siempre encorvados bajo un yugo verdaderamente insoportable, siempre abatidos, ceñidos siempre con cadenas pesadísimas”. Añadía que, sin los héroes, México seguiría “en el asqueroso fango de la postergación e ignominia”. Y en 1833, José de Jesús Huerta aseguraba que los héroes lucharon contra el “embrutecimiento a que fuimos reducidos, la superstición y el fanatismo”.<sup>6</sup>

Liberal recalcitrante, Lorenzo de Zavala refleja, ya dentro del terreno historiográfico, la misma opinión. En su *Ensayo histórico*, emplea los conceptos de Edad Media y feudalismo para caracterizar a la época colonial. El yucateco admitía la trasmisión del feudalismo luego de la Conquista, pues ésta redujo a los indígenas a un estado de servidumbre, a la dependencia señorial.<sup>7</sup> Para Zavala, la vida colonial estuvo dominada por el feudalismo, como se comprueba con la concentración de la riqueza en manos de las élites españolas y de las instituciones religiosas y los pequeños propietarios, en tanto que las clases bajas se hallaban desposeídas. No existía, pues, “aquella gradación de fortunas que forma una escala regular en la vida social, principio y fundamento de la existencia de las naciones civilizadas”: era “una imagen de la Europa feudal”.<sup>8</sup>

<sup>1</sup> Javier Ocampo, en *Las ideas de un día*, ha advertido que la jubilosa celebración por la Independencia en múltiples sitios —en especial en los núcleos sociales que no se hallaban plenamente articulados al sistema colonial— fue recibida con indiferencia, oposición e ignorancia, lo que lleva a desdibujar cualquier unidad en el entusiasmo patriótico. En algunos casos, dice en este sentido el autor, los grupos populares “se reúnen por la curiosidad de mirar la pomposidad de las ceremonias o para expresar con convicción su admiración por el héroe o la esperanza por el futuro de la nación [...]. Pero en otros casos se muestran indiferentes ante el acontecimiento que se les presenta como de rutina, tan interesante o inadvertido como la llegada de un nuevo virrey, el establecimiento de una nueva dinastía o la jura de una constitución”. Ocampo, *Ideas*, 2012, pp. 85-86.

<sup>2</sup> Ocampo, *Ideas*, 2012, cap. 1.

<sup>3</sup> Torre Villar, *Conciencia*, 1988, pp. 21-22.

<sup>4</sup> Laski, *Liberalismo*, 1939, cap. 3; Ruiz de la Peña, *Introducción*, 1984, p. 51; Bloch, *Sociedad*, 1986, pp. 20-21; Sergi, *Idea*, 2001, pp. 51-52; Mendiola, *Bernal*, 1995, pp. 29-30.

<sup>5</sup> Ocampo, *Ideas*, 2012, p. 21.

<sup>6</sup> Torre Villar, *Conciencia*, 1988, pp. 22-23, 32-33, 36, 38, 41, 53-54 y 63.

<sup>7</sup> Zavala, *Ensayo*, 1985, t. 1, p. 11.

<sup>8</sup> Zavala, *Ensayo*, 1985, t. 1, pp. 16-17.

Cultivada, como vemos, desde el momento en que nació el México soberano, esta imagen en torno a la historia colonial formó parte de la *doxa* ideológica que cobijó a los regímenes liberales del país. En su libro clásico sobre el liberalismo en la época de José María Luis Mora, Charles Hale ubicó la historiografía liberal y republicana producida a partir de la década de 1820, la cual aducía que la Independencia había sido un movimiento lineal, integrado por las fuerzas del liberalismo, el progreso y la soberanía popular que lucharían en contra de los trescientos años de la tiranía española.<sup>9</sup>

Tanto José María Luis Mora como Lorenzo de Zavala aceptaban este mito —como lo llamaba Hale—, pero el segundo lo enardecía aún más, tiñendo el pasado colonial en los colores más amargos. En su obra histórica, el convencionalismo de la leyenda negra introducía al lector en los acontecimientos de la era revolucionaria, decía Hale, en referencia literal a las páginas de la introducción del *Ensayo* en las que Zavala planteaba que la Colonia se había fundamentado, entre otros, en la violencia, la ignorancia y la superstición de los súbditos.<sup>10</sup>

Hale también señaló cómo en la década de 1840, a la pasión revolucionaria le sucedió el examen crítico del denominado grupo de los “conservadores”, bajo el liderazgo de Lucas Alamán. Ante el desastre nacional y la anarquía republicana, escribió Hale, Alamán volvía la mirada hacia la época de la paz y la estabilidad “comprobadas”, es decir, a los años coloniales. Hale se percató de la complejidad del pensamiento de Alamán: no fue ciego a los agravios de la Colonia, pero con sus escritos combatió tanto la denostación popular hacia la herencia española como la idea de que la Independencia constituía un rompimiento con ella. Por el contrario, mediante la historia, Alamán demostraba que México estaba unido profundamente a España. En este ámbito, no temía ver en Hernán Cortés al fundador de la nación y a los tres siglos del dominio español como benéficos y progresistas. Inclusive, la Independencia se le presentaba como un acontecimiento preparado por la política colonial ilustrada y progresista.<sup>11</sup>

La relectura de las *Disertaciones* del erudito guanajuatense permite no sólo constatar sino enriquecer la percepción de Hale. Ahí, vemos cómo Alamán podía reconocer que ciertamente el México colonial nació bajo las instituciones feudales que los conquistadores pretendieron implantar, es decir, bajo el molde de la oscuridad medieval. Sin embargo, también decía que la imagen de un México completamente feudal era falsa pues el feudalismo fue suprimido por otro legado que provenía de la misma España medieval: el poder hegemónico de la monarquía. Volviendo al pasado medieval español, el erudito daba cuenta de cómo el poder regio había superado al de los señores feudales, al grado de convertirlos en funcionarios a su servicio. Para el siglo xv, aún existían los “señoríos territoriales”, pero ya no “los derechos que los hacían casi independientes e iguales al soberano”. De la nobleza guerrera sólo quedaba “el espíritu marcial que la caracterizaba”.<sup>12</sup>

Al profundizar en la obra de este autor, vemos cómo va dejando atrás el caos feudal que aparentemente habría definido a la vida colonial. Frente a éste, se erige una compleja y dinámica realidad social. El autor tenía claro que el colonialismo español no se basó en la opresión de los indígenas, sino que ésta, en todo caso, fue “el efecto de la desobediencia a [*sic*] las órdenes del gobierno, causado por la distancia y el resultado de los abusos de los individuos, que arrastrados por la codicia infringían las leyes hechas para reprimir esos mismos abusos”.<sup>13</sup> Dicho en otras palabras, Alamán tenía claro que en la Nueva España no existió aquel régimen del que hablaba François Guizot en Francia, aquel sistema “que pretendía abandonar entre las manos de cada señor toda la porción de soberanía”, que hacía de la fuerza la fuente del derecho.<sup>14</sup> En el reino novohispano, muy por el contrario, existían instrumentos político-jurídicos dispuestos por la monarquía —el máximo poder— que regulaban las relaciones entre los hombres: “Donde acababa la conquista, allí se hacía [*sic*] que acabase el influjo y el poder del conquistador, entrando en su lugar la autoridad real en toda su extension”.<sup>15</sup>

<sup>9</sup> Hale, *Liberalismo*, 1972, p. 25.

<sup>10</sup> Hale, *Liberalismo*, 1972, pp. 25-26.

<sup>11</sup> Hale, *Liberalismo*, 1972, pp. 20-24 y 29-34.

<sup>12</sup> Alamán, *Disertaciones*, 1844-1849, t. 1, pp. 7-8.

<sup>13</sup> Alamán, *Disertaciones*, 1844-1849, t. 1, p. 38.

<sup>14</sup> Guizot, *Historia*, 1966, pp. 99-106.

<sup>15</sup> Alamán, *Disertaciones*, 1844-1849, t. 1, p. 243.

El artículo que aquí se presenta, según leemos en el texto que lo introduce, ofrece una importante reflexión “filosófica entre las ideas que han dominado en los siglos pasados y en la época presente, así como entre los resultados que han producido unas y otras para el bien o la desgracia de la humanidad”. El texto cuestiona la costumbre liberal de “ensalzar” las maravillas de la vida moderna y de denigrar “todo lo antiguo”. *El Universal* defendía que esta publicación podía ser de amplia utilidad para México: “llamamos su atención sobre la aplicación exacta que pueden tener esas ideas al estado político y social de nuestro país”.

Se trata sin duda de un documento que nos permite constatar el cuestionamiento que los intelectuales y políticos “conservadores” mexicanos de la época sostuvieron en contra de la desventura del país a causa de la experiencia republicana, así como en contra de los fundamentos ideológicos de ésta.<sup>16</sup>

Impreso a una plana, el artículo discute algunos de los siguientes tópicos bajo los cuales se descalificaba al medioevo frente a la modernidad: la imagen de una Edad Media miserable; la censura a la libre opinión que supuestamente imperaba en el medioevo; el fanatismo medieval de quemar libros; la condena a una época bárbara, pero que dio a Europa creaciones fundamentales; las condiciones materiales de las clases bajas, que se presumía habrían mejorado en la era moderna, entre otros. El texto cierra sus reflexiones señalando que los “siglos medios” fueron a todas luces malos, pero que la época moderna no menos.

Estamos ante un artículo relevante, que cuestionaba desde entonces la imagen con la que todavía hoy se encuentran los medievalistas. Como decía Salvador Claramunt:

La Edad Media, en sus aspectos negativos, está permanentemente presente en el vocabulario de las personas autotituladas cultas o simplemente creídas de su valor intelectual. Es fácil ver referencias a la época medieval cuando se produce una matanza, un hecho que se considera primitivo o simplemente algún acto de intransigencia. Como si el gusto por

la muerte, los atavismos o la intolerancia no fueran consustanciales a la humanidad.<sup>17</sup>

Lo que hace más interesante el artículo es que un periódico mexicano lo haya reimpresso,<sup>18</sup> y no cualquier periódico, sino uno reconocido tradicionalmente como “conservador”, lo cual es natural en un medio que nació sosteniendo una visión crítica tanto sobre la realidad nacional como sobre los prejuicios a partir de los cuales sus reformadores pretendían construir un México moderno y liberal. No es extraño que *El Universal* recogiera un texto que problematizaba la polémica sobre la Edad Media, en un México liberal que creía haber entrado a la época de la libertad y la modernidad, en oposición a los oscuros años del dominio español que no podían ser más que adjetivados como medievales.

## DOCUMENTO

### *Lo pasado y lo presente*

Copiamos de un periódico de Madrid el siguiente artículo, en el cual se hace una comparación tan curiosa como filosófica entre las ideas que han dominado en los siglos pasados y en la época presente, así como entre los resultados que han producido unas y otras para el bien o la desgracia de la humanidad.

Alguna vez hemos hablado del error en que incurren los que ensalzan todo lo nuevo como lo bueno y saludable, mientras que vituperan de la manera más insensata todo lo antiguo. Claramente dan a entender lo que hacen, que no conocen la historia de la especie humana; pero además de esta ignorancia, se revela patentemente en esa amarga censura de lo pasado, el innoble sentimiento de los que con tal conducta ultrajan, de cierto modo, la memoria de sus padres. Para las almas bien nacidas, lo antiguo genera, por lo regular, un cierto interés mágico, porque algo vale en efecto la consideración de que ese

<sup>17</sup> Claramunt, “Legado”, 2014, p. 363.

<sup>18</sup> En esta época, de hecho, era común que los periódicos mexicanos publicaran o glosaran artículos aparecidos en el extranjero. Véase el estudio de Miguel Ángel Hernández Fuentes, *Experiencia*, 2013, en especial las páginas 36-41 y 77-82.

<sup>16</sup> Hernández, *Experiencia*, 2013, pp. 55-56.

antiguo, tan menospreciado en nuestros días, fue la obra de nuestros abuelos.

El periódico de Madrid prueba evidentemente que el siglo actual, lejos de merecer los encomios que le prodigan sus ciegos aduladores, se queda muy atrás respecto de los que le han precedido, en todo lo que constituye el bienestar y la dicha de las sociedades. Por tal invención provechosa, debida tal vez a la casualidad, la época presente nos ha inundado en un piélagos de vanas teorías que han llenado de amargura a los pueblos: por una miserable cabaña que han levantado las doctrinas modernas, hemos visto caer a su impulso el magnífico edificio de las sabias y veneradas instituciones, con las cuales estaba ligado el reposo del mundo.

Lo cierto es que los infinitos abusos de las libertades modernas, y excesos a que han dado lugar las novísimas teorías de los políticos, han producido ya su fruto en todas partes, en las monarquías lo mismo que en las repúblicas, en Europa lo mismo que en América; y este fruto es una reacción que tiende a conducir a los pueblos a las sendas felices que nunca debieron abandonar. Mucho se podría decir sobre esto, pero nuestras observaciones valdrían poco al lado de las que se hacen en el artículo citado. Lo recomendamos eficazmente a nuestros lectores, y llamamos su atención sobre la aplicación exacta que pueden tener esas ideas al estado político y social de nuestro país.

El artículo de que hablamos es el siguiente:

Creíamos que la edad media y los castillos feudales, como su acompañamiento de señores altivos, vasallos solariegos, castellanos, trovadores, &c., se habían dejado en plena propiedad á los poetas y novelistas; creíamos que solo algun estudiante, en vacaciones, podia entretenerse en declamar contra los siglos bárbaros, las cadenas y demás zarandajas. Nos engañábamos. Aun hay escritores graves que echan mano de tan pueriles y gastados recursos; aun hay periódicos que son, ó debían ser, modelos en las artes de controversia, y llenan sus columnas de tan desacreditadas especies, con aplicación á los tiempos actuales, haciendo comparaciones y buscando analogías que, así vienen al caso, como por los cerros de Ubeda.

No disputaremos sobre si el siglo actual es mas civilizado que los de la edad media, porque hace ya

tiempo que *civilizado* no es sinónimo de *bueno*, habiendo muchos que preferirían lo que se llama barbarie á lo que se llama civilización. Indudablemente padeció la humanidad muchas miserias en los siglos medios; pero ¿padece menos ahora?

Dicen que habia trabas para el pensamiento; y ahora ¿no las hay? ¿No está casi toda la prensa de Europa encadenada y muda? Mirad, nos dirán, á los países libres; mirad á Inglaterra y los Estados-Unidos. Miramos, efectivamente, y vemos, como en todas partes y en todos tiempos, persecución contra cualquiera que ataca las ideas dominantes. Vemos al cardenal Wisseman encausado; vemos destrozadas las prensas de *La Crónica* de Nueva-York, y á sus redactores huyendo de la muerte; vemos á *El Pelayo* suspendido para evitar iguales atropellos.

Citan el hecho aislado de que un obispo quemó libros del marqués de Villena, y lo cuentan sobre la fé del bachiller Cibdad-Real, de quien hasta la existencia se duda. Démoslo, sin embargo, por cierto. ¿Qué son los límites del marqués de Villena, comparados con los archivos y bibliotecas que perecieron en los años de 1808 á 1814? Harto mas daño que las preocupaciones de Fr. Lope de Barrientos hizo la despreocupación de los civilizados hijos de este siglo.

¡Proscripción para las invasiones, dicen que hubo, en los siglos en que se inventó la brújula, la pólvora, la imprenta, y en el último de los cuáles nació Blasco de Garay! ¿Qué se ha inventado este? El magnetismo y las teorías socialistas.

—Pero la condicion material del pueblo ha mejorado. —Mostrad cómo. No basta decir que entonces habia esclavitud para los hombres que tenían un castillo donde encerrarse, ni que los vasallos eran bestias de carga destinadas á trabajar la tierra para sostener el lujo y las guerras de los señores feudales; se necesita probar que, en aquella esclavitud, no lo pasaban mejor que con su actual irrisoria libertad. Entonces trabajan la tierra al aire libre, sin cómitres ni sobrestantes que les impusieran un trabajo superior á sus fuerzas; hoy trabajan su propio cuerpo en talleres infectos, bajo la vista de un amo implacable, que nos les permite sueño ni descanso. Si entonces eran bestias de carga, hoy lo son de carga y de tiro, porque nunca se vió en la edad media niñas enganchadas á un carrete, como sucede en las minas

de Inglaterra. Los vasallos partían con su señor las cosechas; hacíanlo bien o mal, pero partían: nadie se moría de hambre, y era desconocido lo que hoy se llama *pauperismo*; ahora los obreros entregan el fruto entero de sus trabajos al especulador, recibiendo apenas lo necesario para ir sosteniendo una vida miserable. Si antaño se arrebatában las hijas de los colonos, se respetaban las esposas, se reparaban en cierto modo las consecuencias, y, un capricho de señor feudal, daba el ser á D. Alvaro de Luna. Y hoy ¿qué sucede con las infelices mugeres empleadas en las fábricas? No os lo diremos nosotros. Preguntádselo á vuestros amigos, á Eugenio Sué, por ejemplo. El os dirá que no ceden á la fuerza, sino al hambre. Los hijos no entran en la casa de su padre, sino en el hospicio. Las madres no tienen mas porvenir que el envilecimiento completo.

En aquellos siglos bárbaros se alzaban también los monumentos que este siglo ilustrado apenas ha sido poderoso á destruir; ¡tantos y tan colosales eran! Donde no ha destruido, lo mas que ha hecho es convertir las iglesias en teatros, y los conventos en cárceles y presidios. ¡No hay duda que hemos ganado en el cambio! Hoy se hacen, es verdad, ferrocarriles; pero, antes de soltar un maravedí, hay buen cuidado de asegurarse un 6 por 100, al menos, de ganancia. Los que empezaron las catedrales de Búrgos y de Toledo, ni siquiera esperaban verlas concluidas. La barbarie tenía fé; la civilización tiene egoísmo. Entonces se cuidaba, en primer lugar, del alma; hoy del cuerpo.

Basta de comparaciones. Los siglos medios fueron malos, y el siglo actual es peor. Esto es lo cierto. Lo que no querrán creer los declamadores modernos, es que los males de entonces, lo mismo que los de ahora, pertenecen á sus principios, y que los bienes pertenecen á los nuestros.

Los sentimientos generosos, la fidelidad sublime, el amparo de los débiles, todas las virtudes, por decirlo de una vez, que se admiran en la edad media, no reconocen mas fuente que la religión y la monarquía. Guzman el Bueno sacrifica su hijo antes que faltar al soberano. El hidalgo Mendoza entrega su caballo á Juan I en Aljubarrota, y “entróse á morir lidiando;” Doña María Coronel ejecuta una acción, única en la historia, antes que faltar á la fé jurada á su marido y á los deberes de cristiana. En fin, las ór-

denes militares difunden por todas partes el espíritu caballeresco y sus felices consecuencias. Sus constituciones son tomadas de las órdenes religiosas. El voto de pobreza de los monjes sugiere el desprecio de las riquezas á los caballeros; el de castidad, el amor puro; el de obediencia, la adhesión al soberano, á la patria y á los maestros. ¿Necesitaremos decir, también, de dónde aprendió la caballería á socorrer á la viuda, proteger al huérfano y deshacer los entuertos? La caballería era la caridad armada: la caridad es la religión cristiana entera. Esto era lo bueno de la edad media; véamos si lo malo no es hermano de lo malo actual.

Reinaba la anarquía, durante el feudalismo, porque los señores no querían reconocer mas superior que su espada; eternízase la agitación en los gobiernos democráticos, porque los diputados quieren gobernar con su lengua. Reuníanse aquellos contra el valido del rey, en la apariencia, porque ofendía sus fueros; en realidad para reemplazarle; únense éstos invocando el bien público para alcanzar las carteras ministeriales. Proporcionábanse entonces partidarios con feudos, alcaldías y acostamientos; ahora con empleos, cruces y honores. Los nobles confederados en Avila depusieron á Enrique IV, llamándole *tirano*; las asambleas modernas destronan á los reyes, llamándolos *déspotas*. Libertad se invocaba entonces; libertad ahora. El pueblo siempre pasivo, siempre víctima. *Empezaron á prosperar las naciones europeas cuando sus reyes quebrantaron el poder de los magnates; prosperarán completamente cuando dejen de gobernarlo todos los parlamentos.*<sup>19</sup>

<sup>19</sup> *El Universal*, núm. 376, 27 de abril de 1853, p. 1, Hemeroteca Nacional, UNAM.

FUENTES

*Hemerográfica*

Periodico *El Universal*.

*Bibliográficas*

Alamán, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la Conquista hasta la Independencia*, 3 ts., México: Imprenta de José Mariano Lara, 1844-1849.

Bloch, Marc, *La sociedad feudal*, Madrid: Akal, 1986.

Claramunt, Salvador, "El legado de la Edad Media", en Salvador Claramunt, Ermelindo Portela Silva, Manuel González Jiménez y Emilio Mitre, *Historia de la Edad Media*, Barcelona: Ariel, 2014, pp. 363-364.

Guizot, François, *Historia de la civilización en Europa desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa*, Madrid: Alianza Editorial, 1966.

Hale, Charles, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, México: Siglo XXI, 1972.

Hernández Fuentes, Miguel Ángel, *La experiencia moderna del tiempo en la prensa mexicana, 1821-1850*, México: UAM-Azcapotzalco, 2013.

Laski, Harold J., *El liberalismo europeo*, México: FCE, 1939.

Mendiola, Alfonso, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romancesca y verdad historiográfica*, 2ª. ed., México: Universidad Iberoamericana, 1995.

Ocampo, Javier, *Las ideas de un día. El pueblo mexicano ante la consumación de su Independencia*, México: Conaculta, 2012.

Ruiz de la Peña, Juan Ignacio, *Introducción al estudio de la Edad Media*, Madrid: Siglo XXI Editores, 1984.

Sergi, Giuseppe, *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, Barcelona: Crítica, 2001.

Torre Villar, E. de la (comp.), *La conciencia nacional y su formación. Discursos cívicos septembrinos (1825-1871)*, México: UNAM, 1988.

Zavala, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México: Instituto Cultural Helénico, FCE, 1985.

